

Hola a todos:

Me llamo Alejandro, tengo 26 años y este verano decidí ir de voluntario junto con otros 11 compañeros a un pequeño país de África llamado Benín.

En el tiempo que pasamos allí tuvimos la oportunidad de conocer la sociedad africana, sus costumbres y situación actual. Visitamos numerosas misiones donde pudimos comprobar la gran obra que se está haciendo por este país. Nosotros en concreto colaborábamos en el Orfanato de las Hermanas de la Caridad de la madre Teresa de Calcuta en Cotonou. Nuestras tareas consistían en ayudar a las mujeres que trabajan en el orfanato o "Mamas" como las llamaban los niños: jugar con ellos, darles de comer, fregar, lavar la ropa, etc. Pero creo que la mejor forma de contar mi experiencia en Benín es compararla con los regalos. En los regalos hay siempre dos acciones inseparables, como las dos caras de una moneda: dar y recibir y ambas, se encuentran en Benín de una manera muy especial.

Por supuesto, a todos nos gusta que nos den algo, que nos hagan un regalo. Yo me llevo un regalo enorme de mi experiencia en Benín en forma de testimonios y recuerdos que espero nunca olvidaré. El primer testimonio lo escuché incluso antes de poner pie en tierra en Benín. En un intento de practicar un poco mi francés entablé conversación con un chico de Togo, país vecino de Benín que se sentó al lado mío en el avión. Resultó ser un emigrante que como tantos otros trabaja en Europa, en Italia concretamente, para sacar adelante a su familia a la que sólo puede ver cada dos años cuando regresa a su país. Me preguntó qué iba a hacer a Benín y le conté el proyecto de construir un colegio de FUNDEBE, la fundación con la que viajé. Acto seguido me explicó que en su país se pasa mucha necesidad y me preguntó que por qué no construíamos otro colegio allí. Esta primera conversación me hizo darme cuenta del grito de auxilio que África lanza al mundo rico al que debemos contestar.

Otro testimonio sorprendente fue el de Paco, un ingeniero industrial de Jerez que un buen día hace ya dos años decidió dejarlo todo y hacerse misionero. Especialmente didáctica fue la charla que mantuvimos con el Defensor del Pueblo y su esposa. Gracias a ellas pude conocer más de cerca los horrores encubiertos de la ablación o el sentimiento de inferioridad que generaciones de esclavitud han creado en el sentir popular.

Pero sin duda mis mejores recuerdos tienen a los niños del orfanato como protagonistas. Jugar con ellos, oírles cantar las canciones en castellano que les habíamos enseñado o darles de comer era un auténtico lujo. No puedo evitar sonreír cuando recuerdo como un día dando de comer a uno de los niños me tiraba del brazo cuando me retrasaba en al darle la siguiente cucharada y como poco después, torpe de mí, dejé caer un poco de arroz a la mesa. Fue entonces cuando me arrebató la cuchara y decidió que podía comer solo.

Cómo podéis ver mucho es lo que se me ha regalado en dos semanas. Pero ahora me gustaría hablaros de la otra cara de la moneda. Si bien es cierto que recibir un regalo es siempre motivo de alegría, no lo es menos el hecho de regalar. Porque muchas veces la satisfacción que se percibe cuando se hace un buen regalo, algo que sabes que le va a hacer mucho bien a la otra persona es mucho mayor. Muchos días nos tocaba fregar a mano los pañales y la ropa de los niños. En algunas ocasiones era especialmente duro sobre todo en el caso de los pañales. Pero el saber y poder comprobar los efectos de este pequeño sacrificio era especialmente

emocionante. La sensación que se produce cuando te das cuenta que estás lavando el vestido que llevaba puesto hoy Juliette o ver como Bles lleva puesta la camiseta que con tanto esmero lavaste el día anterior es enorme.

Mis compañeros y yo ofrecimos parte de nuestro verano, nuestras vacaciones. Pero esto no es nada en comparación con lo que hacen tantos misioneros y misioneras en todo el mundo y hoy en el día Mundial de las Misiones no quería pasar por aquí sin acordarme de ellos.

Nosotros tuvimos el gran lujo de conocer en primera persona a las Hermanas de la Caridad, rezar con ellas, escucharles hablar de sus actividades diarias, ver cómo viven, cómo se dan a sí mismas cada día y sobretodo la manera en que lo hacen. La ilusión y la alegría en sus caras eran una constante. La conversación con la madre Celeste fue especialmente impactante. Después de contarnos como predicaban casa a casa, como se desplazaban por los pueblos para repartir medicinas o como recogían a los niños abandonados en la comisaría o en la misma calle, cuando nos tenía maravillados completamente y podría haberse colgado todas las medallas que hubiera querido nos explica en una increíble muestra de humildad que todo esto es Dios el que lo hace posible y ella es un mero instrumento, una herramienta. La gente me mira raro cuando afirmo que las personas más felices que conozco son unas monjitas perdidas en un rincón de África. Pero es que volviendo al símil con los regalos, si bonito es recibir más bonito es dar. Ya lo dice Jesús en la Biblia *“quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará”*. Este es el secreto de la felicidad. Nosotros mismos lo pudimos experimentar salvando las distancias. Recuerdo como a pesar del cansancio, el calor y la humedad, el anti-mosquitos que perfumaba el ambiente allí donde fuéramos, no parábamos de hablar de lo que había hecho en ese día el niño asignado a cada uno.

Ser consciente de que lo que hemos visto y vivido en Benín no se puede quedar en una mera anécdota de verano y por eso os animo a que recéis por las misiones y a los que podáis a que como yo y tantos otros jóvenes experimentéis lo que yo he vivido.

MUCHAS GRACIAS